

---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion del primer acto: en vez del sofá una butaca.

Es de noche: un quinqué encendido sobre la mesa.

### ESCENA PRIMERA.

PEPITO escuchando en la puerta de la derecha, segundo término: despues viene al centro.

Al fin la crisis pasó,  
ó al ménos no se oye nada.  
¡Pobre don Julian! muy grave:  
muy grave. De la balanza  
está en el fiel su existencia,  
á un lado la muerte aguarda,  
y al otro lado, otra muerte:  
¡la del honor, la del alma!  
Dos abismos más profundos  
que un amor sin esperanza.  
¡Diablo! que me voy volviendo,  
con las tragedias de casa,  
más romántico que el otro  
con sus coplas y sus dramas!  
¡Qué! ¡si tengo la cabeza  
hecha toda un panorama,

de escándalos, desafíos,  
muertes, traiciones é infamias!  
¡Jesús, qué día! ¡y qué noche!  
¡y lo peor es lo que falta!  
(Pequeña pausa.)  
¡Vamos, que también ha sido  
imprudencia temeraria  
en tal estado sacarle...  
y traerle... ¡pero vaya!...  
¡quién á mi tío se opone,  
cuando entre las des arcadas  
poderosas de sus cejas,  
una idea se le graba?  
Y hay que darle la razón:  
ninguna persona honrada  
teniendo un soplo de vida,  
en tal caso y en tal casa,  
se hubiera quedado. Y él,  
es hombre de temple y alma.  
¿Quién viene?... (Acercándose al fondo.)  
Mi madre. Sí.

## ESCENA II.

PEPITO, MERCEDES por el fondo.

MERCEDES. ¿Y Severo?

PEPITO. No se aparta  
ni un momento de su hermano.  
Mucho pensé que le amaba,  
pero á tanto no creí  
que su cariño llegara.  
¡Si sucede lo que temo!...

MERCEDES. ¿Y tu tío?

PEPITO. Sufre y calla.  
Algunas veces, «¡Teodora!»  
dice con voz ronca y áspera.  
«¡Ernesto!» dice otras veces,  
y entre las manos la sábana  
arruga. Despues se queda  
inmóvil como una estátua.

en el espacio vacío  
fija tenaz la mirada,  
y helado sudor de muerto  
su frente copioso baña.  
De pronto la calentura  
vigor le presta: en la cama  
se incorpora: escucha atento:  
dice que *ella* y *él* le aguardan:  
se arroja, quiere venir,  
y sólo á fuerza de lágrimas  
y de súplicas, mi padre  
consigue calmar sus ansias.  
¿Calmar? no: ¡que por sus venas  
lleva su sangre abrasada,  
las iras del corazón,  
del pensamiento las llamas!  
Vamos, madre, que da angustia  
ver la contracción amarga  
de su boca: ver sus dedos  
crispados como dos garras:  
y aquel cabello en desórden:  
y aquellas pupilas anchas,  
que parece que codician,  
y heben desesperadas,  
todas las sombras que flotan  
alrededor de la estancia.

MERCEDES. ¿Y tu padre al verle?...

PEPITO. ¡Gime,  
y jura tomar venganza!  
y también dice «¡Teodora!»  
y también «¡Ernesto!» clama;  
¡quiera Dios no los encuentre,  
porque si los encontrara,  
quién sus enojos disipa,  
quién sus furios ataja!

MERCEDES. Tu padre es muy bueno.

PEPITO. Mucho.

MERCEDES. Pero con un genio, ¡vaya!...  
Eso sí, muy pocas veces,  
muy pocas veces se enfada,  
pero como llegue el caso...

PEPITO. Es un tigre de Bengala!...  
salvo el respeto debido.

MERCEDES. Siempre con razon sobrada.

PEPITO. No sé si siempre la tiene;  
pero esta vez no le falta.  
¿Y Teodora?

MERCEDES. Arriba queda.  
Quiso bajar... ¡y lloraba!...  
¡una Magdalena!...

PEPITO. ¡Ya!  
¿arrepentida ó liviana?

MERCEDES. No digas eso: ¡infeliz!  
¡si es una niña!

PEPITO. Que mata,  
inocente y candorosa,  
dulce, purísima y mansa,  
á don Julian. De manera,  
que si vale tu palabra,  
y es una niña, y tal hace  
casi al borde de la infancia,  
deja á los años correr  
y Dios nos tenga en su gracia.

MERCEDES. Ella casi no es culpable.  
Tu amiguito, el de los dramas,  
el poeta, el soñador...  
¡el infame! fué la causa  
de todo.

PEPITO. Si no lo niego.

MERCEDES. ¿Y por dónde anda?

PEPITO. ¡Pues anda!  
Ernesto á estas horas corre  
por las calles y las plazas,  
huyendo de su conciencia  
y sin poder evitarla.

MERCEDES. ¿Pero la tiene?

PEPITO. Es posible.

MERCEDES. ¡Qué tristezas!

PEPITO. ¡Qué desgracias!

MERCEDES. ¡Qué desengaño!

PEPITO. ¡Cruel!

MERCEDES. ¡Qué traicion!

PEPITO. ¡De mano airada!

MERCEDES. ¡Qué escándalo!

PEPITO. ¡Sin igual!

MERCEDES. ¡Pobre Julian!

PEPITO. ¡Suerte aciaga!

## ESCENA III.

MERCEDES, PEPITO, CRIADO.

CRIADO. Don Ernesto.

MERCEDES. ¡Y él se atreve!...

PEPITO. ¡Es osadía que pasma!

CRIADO. Yo pensé...

PEPITO. Pensaste mal.

CRIADO. Viene sólo de pasada.  
Al cochero que traía,  
le dijo: «Ya salgo: agüarda.»  
De modo...

PEPITO. (Consultando con su madre.)  
¿Qué hacer?

MERCEDES. Que pase.  
(Sale el Criado.)

PEPITO. Yo le despido.

MERCEDES. Con maña.

## ESCENA IV.

MERCEDES, PEPITO, ERNESTO por el fondo. Mercedes sentada en la butaca: al otro lado, en pié, Pepito: en segundo término Ernesto, sin que nadie se vuelva á saludarle.

ERNESTO. (Aparte.)  
(¡Desden: silencio hostil: asombro mudo!)  
¡Prodigio de maldad y de insolencia!

seré desde hoy sin culpa que me manche...

¡para todos!... ¡que todos me despreciau!

PEPITO. Escucha, Ernesto.

(Volviéndose hacia él y con acento duro.)

ERNESTO. ¿Qué?

PEPITO. (Lo mismo.) Quiero decirte...

ERNESTO. ¿Que salga acaso?

PEPITO. (Cambiando de tono.) ¡Yo!... ¡Jesús, que idea!... Era... no más... que preguntar... si es (Como buscando algo que decir.) [cierto... que despues... al Vizconde...

ERNESTO. (Con vez sombría y bajando la cabeza.)

Si

PEPITO. ¿Tu diestra?...

ERNESTO. Salí loco... bajaban... los detuve...

Subimos otra vez... cierro la puerta.

Dos hombres... dos testigos... dos espadas...

Despues... no sé... dos hierros que se estre-

[chan...

¡un grito!... ¡un golpe!... un ¡ay!... san-

[gre que brota...

\* un asesino en pie... y un hombre en tierra.

PEPITO. ¡Qué diablo! tiras bien. ¿Oye usted, madre?

MERCEDES. ¡Más sangre aún!

PEPITO. Lo mereció Nebreda

ERNESTO. (Acercándose)

¡Mercedes, por piedad!... ¡una palabra!

¿D. Julian?... ¿D. Julian?... Si usted supiera

¡cuál es mi angustia... mi dolor!... ¿Qué di-

MERCEDES. Que la herida mortal dentro la lleva [cen?

y más se encona cuanto más al lecho

de muerte y de dolor usted se acerca.

Salga usted de esta casa.

ERNESTO. Quiero verle.

MERCEDES. Salga usted pronto.

ERNESTO. No.

PEPITO. ¡Tal insolencia!...

ERNESTO. Es muy digna de mí. (Á Pepito.)

(Á Mercedes con tono respetuoso.)

Perdon, señora:

soy como quieren los demás que sea.

MERCEDES. ¡Por Dios, Ernesto!

ERNESTO. Mire usted, Mercedes,

cuando á un hombre cual yo se le atrop-

ya sin razon se le declara infame, [lla,

y al crimen se le obliga y se le lleva,

la lucha es peligrosa... para todos;

pero no para mí, que en lucha fiera

con invisibles seres, he perdido

honra, cariño, amor, y no me resta

ya por perder más que girones tristes

de insípida y monótona existencia.

Sólo vine á saber si hay esperanza...

¡no más! ¡no más!... pues bien, ¿por qué me

este consuelo? [niegan

(Suplicando á Mercedes.) ¡Una palabra!

MERCEDES. Vamos...

dicen... que está mejor.

ERNESTO. ¿Pero de veras?...

¿No me engañan?... ¿Es cierto?... ¿Lo ase-

[guran?...

¡Usted es compasiva!... ¡Usted es buena!...

¿Será verdad?... ¿será verdad, Dios mio?...

¡Que se salve, Señor!... ¡que no se muera!

¡que torne á ser feliz!... ¡que me perdone!

¡que me abraçe otra vez!... ¡que yo le vea!

(Cae en el sillón próximo á la mesa, y oculta el

rostro entre las manos sollozando. Pausa.)

MERCEDES. Si oye tu padre... si tu padre viene...

(Se levanta Mercedes, y ella y Pepito se acercan

á Ernesto.)

¡Juicio!... ¡Valor!... (Á Ernesto.)

PETITO. ¡Que un hombre llanto vierta!

(Ap.) ¡Estos seres nerviosos son terribles:

lloran y matan por igual manera!

ERNESTO. Si llanto vierto, si el sollozo acude

á mi garganta en convulsion histérica,

si débil soy, como mujer ó niño,

no piensen que es por mí. ¡Por él! ¡por ella!

por su dicha perdida; por su nombre,

manchado para siempre; por la afrenta

que á cambio de su amor y beneficios

les dió... ¡no mi maldad! ¡mi suerte negra!  
¡Por eso lloro! y si el pasado triste  
con lágrimas ¡ay Dios! borrar pudiera,  
en lágrimas mi sangre trocaría  
sin dejar una gota por mis venas!

MERCEDES. ¡Silencio por piedad!

PEPITO. Luégo más tarde  
hablaremos de llantos y tristezas.

ERNESTO. Si todos hablan hoy ¿por qué nosotros  
no hemos de hablar también? La villa entera  
es hervidero y torbellino móvil  
que llama, absorbe, atrae, devora, anega  
tres honras, y tres nombres, y tres seres,  
y entre espumas de risa se los lleva,  
por canalizos de miseria humana,  
al abismo social de la vergüenza,  
y en él hunde por siempre de los tristes  
el porvenir, la fama y la conciencia!

MERCEDES. Más bajo, Ernesto.

ERNESTO. No: si ya son voces,  
si murmullos no son: ¡si el aire atruenan!  
Ya nadie ignora el trágico suceso,  
mas cada cual lo dice á su manera.  
Todo se sabe siempre ¡gran prodigio!  
mas nunca la verdad ¡suerte funesta!  
(Ernesto en pie: á su lado y mostrando interés  
por saber lo que corre por la villa, Mercedes y  
Pepito.)

Los unos, que en mi casa sorprendida  
Teodora por su esposo, yo con ciega  
furia le arremetí, y al noble pecho  
infame hierro le asestó mi diestra.  
Los otros, mis amigos por lo visto,  
de asesino vulgar al fin me elevan  
á más noble region: yo le di muerte,  
pero en lucha leal... ¡un duelo en regla!  
Hay sin embargo quien la historia sabe  
con más exactitud, y ese ya cuenta,  
que tomó don Julian mi vez y puesto  
en el pactado lance con Nebreda.  
¡Llegué tarde!... por cálculo ó pavora,

ó porque en brazos... ¡No! mis labios quema  
la frase impura, y mi cerebro loco  
es todo llamas que volcan semejan.  
Buscad lo que más mancha: lo más bajo:  
lo más infame: lo que más subleva:  
lodos del corazon, cienos del alma,  
escoria vil de miserias conciencias;  
echadlo al viento, que las calles cruza,  
con ello salpicad labios y lenguas,  
y la historia tendreis de este suceso,  
y encontrareis en ella lo que resta  
de dos hombres de honor y de una dama  
cuando sus honras por la villa ruedan!

MERCEDES. Es triste, no lo niego; pero acaso  
no todo es culpa en la opinion ajena.

PEPITO. Fué Teodora á tu casa... en ella estaba...

ERNESTO. Para evitar el duelo con Nebreda.

PEPITO. ¿Pues por qué se ocultó?

ERNESTO. Porque temimos  
que fuese mal juzgada su presencia.

PEPITO. La explicacion es fácil y sencilla:  
lo difícil, Ernesto, es que la crean;  
porque hay otra más fácil y más llana...

ERNESTO. ¡Y que deshonra más! ¡y esa es la buena!

PEPITO. Pues concede que al ménos en Teodora  
si malicia no fué... fué ligereza.

ERNESTO. ¡El delito es prudente y cauteloso!  
¡en cambio qué imprudente la inocencia!

PEPITO. Pues mira, sólo hay ángeles y santos  
como apliques á todos esa regla.

ERNESTO. Pues bien, tienes razon: tales calumnias  
¿qué importan, ni qué valen, ni qué pesan?  
Lo horrible es que se mancha el pensa-  
al ruin contacto de la ruin idea! ¡miento  
¡Que á fuerza de pensar en el delito  
llega á ser familiar á la conciencia!  
Que se ve repugnante y espantoso...  
¡pero se vé!... ¡de noche en la tiniebla!...  
¡Esto sí!...

(Ap.) ¿Pero qué?... ¿Por qué me escuchan  
con curiosa mirada y faz suspensa?)

(En voz alta) [honrado:  
Yo soy quien soy: mi nombre es nombre  
si sólo por mentir maté á Nebreda,  
¿por trocar en verdades sus calumnias  
yo, conmigo culpable, qué no hiciera?

PEPITO. (¡Y negaba!... Si es claro.) (Ap. á Mercedes.)  
MERCEDES. (Ap. á Pepito.) (Hay extravío.)  
PEPITO. (Lo que hay en puridad es que confiesa.)  
MERCEDES. (En voz alta.)  
Retírese ustó, Ernesto.

ERNESTO. No es posible.  
Si yo esta noche léjos estuviera  
de aquel lecho... señora, perdería  
el juicio!... ¡la razón!...

MERCEDES. ¿Pero si llega  
Severo, y si le ve?...  
ERNESTO. ¿Y qué me importa?  
Él es hombre leal... ¡mejor!... ¡que venga!  
Huye quien teme: y teme quien engaña:  
y no es fácil que yo, ni huya, ni tema.

PEPITO. Pues se acercan. (Después de escuchar.)  
MERCEDES. ¡Es él!  
PEPITO. (Yendo al fondo.) No es él. Teodora.  
ERNESTO. ¡Es Teodora!... ¡Teodora!... ¡Quiero verla!  
MERCEDES. ¡Ernesto! (Con severidad.)  
PEPITO. ¡Ernesto!  
ERNESTO. Sí... para pedirle  
que me perdone.  
MERCEDES. ¿Usted no considera?...  
ERNESTO. Lo considero todo y lo comprendo.  
¿Juntos los dos? ¡Ah! no. Basta: no teman.  
Dar por ella mi sangre: dar mi vida:  
mi porvenir, mi honor, y mi conciencia!...  
pero ¿vernos? jamás: ya no es posible.  
¡Vapor de sangre entre los dos se eleva!  
(Sale por la izquierda.)

## ESCENA V.

MERCEDES, PEPITO.

MERCEDES. Déjame á solas con ella.  
Vete con tu padre adentro.  
Quiero llegar hasta el centro  
de su corazón. Y mella  
le han de hacer, lo sé de sobra,  
mis palabras.

PEPITO. Pues las dos  
os quedáis.

MERCEDES. Adios.

PEPITO. Adios.  
(Sale por la derecha segundo término.)

MERCEDES. Pongamos mi plan por obra.

## ESCENA VI.

TEODORA, MERCEDES. Teodora entra tímidamente,  
se detiene junto á la puerta de D. Julian (segundo tér-  
mino, derecha) y escucha con ansia ahogando con el  
pañuelo sus sollozos.

MERCEDES. Teodora...  
TEODORA. ¿Eres tú?...  
(Viniendo á su encuentro.)  
MERCEDES. Valor.  
TEODORA. Con llorar ¿qué se consigue?  
¿Cómo sigue?... ¿cómo sigue?  
¡La verdad!  
MERCEDES. Mucho mejor.  
TEODORA. ¿Se salvará?  
MERCEDES. Ya lo creo.  
TEODORA. ¡Mi vida por él, Dios mío!  
MERCEDES. (La trae cariñosamente al primer término.)  
Y despues... despues confio  
en tu juicio... que harto veo  
por tu llanto y tu ansiedad

tu arrepentimiento.

TEODORA.

Sí:

(Mercedes asiente y parece satisfecha.)  
hice muy mal ¡ay de mí!  
en ir á verle: es verdad.  
(Desagrado de Mercedes al ver que no es la clase  
de arrepentimiento que creía.)  
Pero anoche me dijiste  
lo del insulto y el duelo...  
Yo te agradezco ese celo,  
aunque el daño que me hiciste,  
no lo puedes sospechar,  
ni explicártelo sabría:  
¡ay qué noche, madre mia!  
(Cruzando las manos y mirando al cielo.)  
¡qué gemir, qué delirar!  
¡De mí Julian los enojos!...  
¡el escándalo!... ¡la afrenta!...  
¡la sangre!... ¡la lid violenta!...  
¡todo pasó ante mis ojos!  
Y tambien el pobre Ernesto,  
muriendo tal vez por mí...  
¿Por qué me miras así?  
¿Pero qué mal hay en esto?  
¿Es que no estás convencida?  
¿Piensas como los demás?

MERCEDES. (Con tono seco.) Pienso que estaba de más  
que temieses por la vida  
de ese jóven.

TEODORA.

No: Nebreda

es famoso espadachin!  
Ya ves... mi Julian...

MERCEDES.

Al fin

tu Julian vengado queda,  
y el espadachin tendido  
de un golpe en el corazon;  
de suerte que sin razon  
(Con intencion y dureza.)  
has llorado y has temido.

TEODORA. ¿Y fué Ernesto?... (Con interés.)

MERCEDES.

Ernesto, sí.

TEODORA. ¡Al Vizconde!

MERCEDES.

Frente á frente.

TEODORA. (Sin poder dominarse)

¡Ah! ¡qué noble y qué valiente!

MERCEDES. ¡Teodora!

TEODORA.

¿Qué quieres? dí.

MERCEDES. (Con severidad.)

Te adivino el pensamiento.

TEODORA.

¿Mi pensamiento?

MERCEDES.

Sí.

TEODORA.

¿Cuál?

MERCEDES. ¡Bien lo sabes!

TEODORA.

Hice mal

al demostrar mi contento  
por ver á Julian vengado:  
mas del alma impulso ha sido  
que refrenar no he podido.

MERCEDES.

No es eso lo que has pensado.

TEODORA.

¿Pero tú lo has de saber  
mejor que yo misma?

MERCEDES. (Con profunda intencion.)

Mira,  
cuando mucho el alma admira  
va camino del querer.

TEODORA.

¡Que yo admiro!

MERCEDES.

La bravura

de ese mozo.

TEODORA.

¡Su nobleza!

MERCEDES.

Da lo mismo, así se empieza.

TEODORA.

¡Eso es delirio!

MERCEDES.

¡Es locura!

pero en tí.

TEODORA.

¡No cede!... ¡no!

¡Siempre esa idea maldita!...  
¡Lástima inmensa, infinita!  
eso es lo que siento yo.

MERCEDES.

¿Por quién?

TEODORA.

¿Por quién ha de ser?

por Julian.

MERCEDES.

¿Nunca has oído

que van lástima y olvido  
á la par en la mujer?

TEODORA.

¡Calla por Dios!... ¡por piedad!

MERCEDES. Quiero alumbrar tu conciencia con la voz de mi experiencia y la luz de la verdad. (Pausa.)

TEODORA. Te escucho, y al escucharte, no mi madre, no mi hermana, no mi amiga, me parece, tal me suenan tus palabras, que Satanás por tus labios aconseja, inspira y habla. ¿Por qué quieres convencerme, que mengua y mengua en el alma, el cariño de mi esposo, y que en ella impuro se alza otro cariño rival con fuego que quema y mancha? ¡Si yo quiero como quisé! Si yo diera, hasta agotarla, toda la sangre que corre por mis venas y me abrasa, por sólo un punto de vida (Señalando hacia el cuarto de D. Julian) De aquel de quien me separan. Si yo entraría ahora mismo, si tu esposo me dejara, y en mis brazos á Julian, inundándolo de lágrimas, con cariño tan entero y tal pasión estrechara, que se fundieran sus dudas al calor de nuestras almas! Y porque á Julian adoro ¿he de aborrecer ingrata al que noble, generoso por mí su vida arriesgaba? ¿Y no aborrecerle, es ya... amarle? ¡Jesús me valga!... Tales cosas piensa el mundo, oigo historias tan extrañas, tan tristes sucesos miro, tales calumnias me amagan, que á veces dudo de mí,

y me pregunto espantada, ¿seré lo que dicen todos? ¿llevaré pasión bastarda en el fondo de mi ser, quemándome las entrañas, y sin saberlo yo misma, en hora triste y menguada, por potencias y sentidos brotará la infame llama?

MERCEDES. ¿Luego me dices verdad?

TEODORA. ¡Si digo verdad!

MERCEDES. ¿No le amas?

TEODORA. ¡Mira, Mercedes, que yo no sé cómo te persuada! Tal pregunta en otro tiempo la sangre me sublevaba, y ahora, ya lo ves, discuto si soy ó no soy honrada! ¿Es esto serlo de veras? ¿es serlo con toda el alma? ¡No! ¡sufrir la humillación es ser digna de la mancha!...

(Se oculta el rostro entre las manos y cae en la butaca de la derecha.)

MERCEDES. No llores: vamos: te creo. No llores, Teodora... basta. No más. Ya sólo te digo, y concluyo, una palabra. Ernesto no es lo que crees: no merece tu confianza.

TEODORA. Es bueno, Mercedes.

MERCEDES. No.

TEODORA. Quiere á mi Julian.

MERCEDES. Le engaña.

TEODORA. ¡Otra vez!... ¡Jesús mil veces!

MERCEDES. No digo que tú escucharas su pasión: tan sólo digo... digo tan sólo, que te ama.

TEODORA. ¡Él á mí? (Con asombro y levantándose.)

MERCEDES. ¡Lo saben todos!

Hace poco en esta sala,



delante de mí, de mi hijo...

TEODORA. (Con ansia.) ¡Ya ves tú!...  
Y bien... acaba.  
¿Qué?

MERCEDES. ¡Que confesó de plano!  
¡Y con frase arrebatada  
juró que por tí daría,  
vida, honor, conciencia y alma!  
Y al llegar tú, quiso verte;  
y sólo á fuerza de instancias  
conseguí que se marchase  
adentro! Y estoy en ascuas  
por si le encuentra Severo  
y sus enojos estallan.  
Y ahora ¿qué dices?

TEODORA. (Á pesar suyo ha seguido esta relacion con una  
mezcla extraña de interés, asombro y terror: algo  
indefinible.)

¡Dios mio,  
será verdad, tanta infamia!  
¡Y yo que por él sentía!...  
¡Y yo que le profesaba  
cariño tan verdadero!...

MERCEDES. ¿Otra vez lloras?

TEODORA. ¡El alma  
no ha de llorar desengaños  
de esta vida desgraciada!  
Un ser tan noble, tan puro...  
ver cómo se hunde y se mancha...  
Y dices que está allí dentro...

MERCEDES. ¡él!... ¡Ernesto!... ¡Virgen santa!  
Mira, Mercedes... Mercedes...  
¡que se aleje de esta casa!  
Eso quiero yo también  
y tu energía me agrada (Con verdadero gozo.)

TEODORA. ¡Perdóname!... ¡que ahora creo!...  
(Abrazándola con efusión.)  
¡Y antes no?

(La actriz dará á esta frase toda la intencion que  
el autor ha querido que tenga.)

MERCEDES. Silencio... calla...

él se acerca.

TEODORA. (Con ímpetu.) ¡No he de verle!  
Dile tú... ¡Julian me aguarda!  
(Dirigiéndose á la derecha.)

MERCEDES. (Deteniéndola.) Imposible... ya lo sabes...  
Y él mis órdenes no acata:  
y ahora que conozco á fondo  
tus sentimientos, me agrada  
que encuentre el desprecio en tí  
que ántes halló en mis palabras.

TEODORA. ¡Déjame!

ERNESTO. ¡Teodora!... (Deteniéndose al entrar)

MERCEDES. (Ap. á Teodora.) (Es tarde.  
Cumple tu deber y basta.)

(En voz alta á Ernesto)  
El mandato que hace poco  
de mis labios escuchaba,  
va á repetirlo Teodora  
como dueña de esta casa.

TEODORA. (No me dejes.) (En voz baja á Mercedes.)

MERCEDES. (Lo mismo á Teodora.) ¿Temes algo?

TEODORA. ¡Yo temer!... No temo nada.)

(Le hace señal de que salga.)

(Sale Mercedes por la derecha, segundo término.)

## ESCENA VII.

TEODORA, ERNESTO.

ERNESTO. Que saliese... fué el mandato.

(Pausa. Los dos guardan silencio y no se atreven  
á mirarse.)

¿Y usted... lo repite ahora?

Teodora hace una señal afirmativa pero sin fijar  
la vista en él.)

Pues no tema usted, Teodora:  
yo lo cumplo y yo lo acato.

(Triste y respetuoso.)

¡Los demás no hallarán modo  
de obediencia, aunque les pese! (Con dureza.)

De usted... aunque me ofendiese...  
de usted... yo lo sufro todo. (Con sumisión.)

TEODORA. ¡Ofenderle, Ernesto!... no.  
¿Cree usted que yo?...

(Sin mirarle, contrariada y temerosa.)

ERNESTO. No lo creo.

(Nueva pausa.)

TEODORA. Adios... su dicha deseo.

(Sin volverse ni mirarle.)

ERNESTO. Adios, Teodora.

(Se detiene un momento, pero Teodora no se vuelve, ni fija en él los ojos, ni le tiende la mano. Al fin se aleja. Despues de llegar al fondo vuelve y se acerca á ella. Teodora le siente venir y se estremece, pero no dirige á él la vista.)

Si yo

todo el mal que á mi pesar,  
por mi maldecida suerte,  
le he causado, con mi muerte  
ahora pudiese borrar,  
bien pronto no quedaría,  
lo juro como hombre honrado,  
ni una sombra del pasado,  
ni un suspiro de agonía,  
ni esa triste palidez,  
(Teodora levanta la cabeza y le mira con profundo terror.)

ni esa mirada que espanta,  
ni un sollozo en su garganta,  
(Teodora ahoga, en efecto, un sollozo.)  
ni una lágrima en su tez.

TEODORA. (Ap. alejándose de Ernesto.)  
(¡Mercedes dijo verdad!...  
y yo ciega, inadvertida...)

ERNESTO. Un adios de despedida,  
no solo, ¡por piedad!

TEODORA. Adios... sí... Yo le perdono  
el mal que nés hizo.

ERNESTO. ¡Qué hice!

¡Yo, Teodora!

TEODORA. Usted lo dice.

ERNESTO. ¡Esa mirada!... ¡Ese tono!...

TEODORA. ¡No más, Ernesto, por Dios!

ERNESTO. ¿Qué hice yo que mereciera?...

TEODORA. Como si yo no existiera:  
todo acabó entre los dos.

ERNESTO. ¡Ese acento!... ¡Ese desden!...

TEODORA. (Con dureza y extendiendo el brazo hácia la puerta)

¡Salga usted!

ERNESTO. ¡Que salga... así!

TEODORA. ¡Mi esposo se muere allí...

y aquí me muero también!...

(Vacila y tiene que apoyarse en el respaldo de la butaca para no caer.)

ERNESTO. ¡Teodora!... (Precipitándose para sostenerla.)

TEODORA. (Rechazándole con energía.) ¡Tocarme, no!  
¡Sola!

(Pausa. La actitud y las miradas de los actores las que su talento les inspire.)

Ya el pecho se ensancha.

(Quiere dar unos pasos; de nuevo le faltan las fuerzas y de nuevo quiere sostenerla Ernesto. Ella lo rechaza y se aleja de él.)

ERNESTO. ¿Por qué no?

TEODORA. (Con dureza.) ¡Porque usted mancha!

ERNESTO. ¿Que yo mancho?

TEODORA. Cierto.

ERNESTO. ¡Yo!

(Pausa.) ¡Pero qué dice, Dios mio?...

¡Ella también!... ¡Imposible!

¡Si la muerte es preferible!...

¡No es verdad!... ¡Yo desvarío!...

¡Diga usted que no, Teodora!

¡Una frase por el cielo:

de perdon, ó de consuelo,

ó de lástima, señora!

¡Yo me resigno á partir,

y á no verla á usted ya nunca,

aunque esto desgarras y trunca,

y mata mi porvenir!

Pero es, si á mi soledad

me siguen, con su perdon,  
su afecto, su estimacion...  
¡por lo ménos su piedad!  
¡Es creyendo, que usted cree,  
que soy leal, que soy honrado,  
que ni mancho, ni he manchado  
ni afrento, ni afrentaré!  
¡Me importa poco del mundo,  
desdén sus maldiciones,  
y me inspiran sus pasiones  
el desprecio más profundo!  
Hiera terco, ó hiera cruel,  
murmure de lo que fui,  
nunca pensaré de mí  
todo lo que pienso de él!  
¡Pero usted! ¡el ser más puro  
que forjó la fantasía!  
¡usted! ¡por quien yo daría,  
una y mil veces, lo juro,  
y con ansia, con anhelo,  
en esta insensata guerra,  
no ya mi vida en la tierra,  
sino mi puesto en el cielo!  
¡usted sospechar que yo  
de traiciones soy capaz,  
que no está el alma en mi faz!...  
eso, Teodora... ¡eso, no!

(Con profunda emoción, con angustia profundísima, con acento desesperado.)

TEODORA. (Con creciente ansiedad.)  
No me ha comprendido usted.  
Separémonos, Ernesto.

ERNESTO. ¡Así no es posible!...

TEODORA. ¡Presto!...  
¡se lo pido por merced!...  
Julian... sufré... (Señalando hacia su cuarto.)

ERNESTO. Ya lo sé.

TEODORA. Pues no le olvidemos.

ERNESTO. No.

¡Pero también sufro yo!

TEODORA. ¡Usted, Ernesto!... ¿por qué?

ERNESTO. ¡Por su desprecio!

TEODORA. No hay tal.

ERNESTO. Usted lo dijo.

TEODORA. Mentí.

ERNESTO. ¡No! fué por algo! y así  
no sufrimos por igual.  
¡Eh este luchar eterno,  
en esta implacable guerra,  
él sufre como en la tierra,  
y yo como en el infierno!

TEODORA. ¡Por Dios!... ¡se abraza mi frente!

ERNESTO. ¡Se oprime mi corazón!

TEODORA. ¡Basta, Ernesto, compasión!

ERNESTO. ¡Eso pido solamente!

TEODORA. ¿Piedad!

ERNESTO. ¡Pues eso, piedad!  
De mí... ¿qué teme?... ¿ó qué piensa?  
(Acercándose á ella.)

TEODORA. Perdóne usted si hubo ofensa...

ERNESTO. Ofensa, no. ¡La verdad!...  
¡La verdad es lo que quiero!...  
¡y la pido de rodillas,  
con el llanto en las mejillas!

(Se inclina ante Teodora y le coge una mano. En este momento, en la puerta que corresponde al cuarto de D. Julian, aparece D. Severo y en ella se detiene.)

SEVERO. (Ap.) ¡Miserables!

TEODORA. ¡Don Severo!

### ESCENA VIII.

TEODORA, ERNESTO, SEVERO. Ernesto se separa  
hacia la izquierda: Severo viene á colocarse entre él y  
Teodora.

SEVERO. (Á Ernesto con ira reconcentrada, y en voz baja  
para que no les oiga Julian.)  
Por no encontrar ni frase ni palabra,

que mi cólera exprese y mi desprecio, habré de contentarme con decirle ¡es usted un miserable!... salga presto.

ERNESTO. (Lo mismo.)  
Por respeto á Teodora y á esta casa, porque sufre, quien sufre, en aquel lecho, habré de contentarme, señor mio, con poner la respuesta... en el silencio.

SEVERO. (Crayendo que sale y con cierta ironía.)  
Callar y obedecer es lo prudente.

ERNESTO. No me ha entendido usted: si no obedezco.

SEVERO. ¿Se queda usted?

ERNESTO. En tanto que Teodora no reitere el mandato, aqui me quedo. Iba á salir há poco para siempre, y Dios ó Satanás me detuvieron. Vino usted, me arrojó, y á sus injurias, cual si fuesen conjuros del infierno, raíces sentí brotar, que de mis plantas se agarraban firmísimas al suelo.

SEVERO. Voy á probar, llamando á los criados, si á palos las arrancan.

ERNESTO. Pruebe.

(Ernesto da un paso hácia Severo con aire amenazador, Teodora se precipita entre los dos y le contiene.)

TEODORA. ¡Ernesto!  
(Volviéndose despues con energía y dignidad hácia su cuñado.)

Olvida usted sin duda que es mi casa, mientras viva mi esposo, que es su dueño. Para mandar aqui, los dos tan sólo autoridad tenemos y derecho.

(Á Ernesto con dulzura.)  
No por él... por mi causa, por mi angustia... (Ernesto no puede ocultar su alegría al ver que Teodora le defiende.)

ERNESTO. Teodora, ¿Usted lo quiere?

TEODORA. Se lo ruego.  
(Ernesto se inclina respetuosamente y se dirige al fondo.)

SEVERO. Me confunde y me asombra tu osadía, tanto... no; mucho más que la de Ernesto! (Acercándose amenazador á Teodora. Ernesto que ha dado unos pasos se detiene; pero luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, sigue su camino.)

¡Alzar osas la frente, desdichada, y delante de mí! ¡La frente al suelo!

(Ernesto hace movimientos análogos á los anteriores, pero más acentuados.)

Tú, tímida y cobarde ¡cómo encuentras por defenderle, enérgicos acentos!

¡Bien habla la pasión!

(Ernesto, ya en el fondo, se detiene.)

¡Pero tú olvidas, que ántes de echarle á él, supo Severo de esta casa arrojarte, que manchabas con sangre de Julian! ¿Para qué has vuelto? (Cogiéndola brutalmente un brazo, sujetándola con furor y acercándose más y más á ella.)

ERNESTO. ¡Ah! ¡no es posible!... ¡No!...

(Se precipita entre Teodora y Severo y los separa.)

¡Suelta, villano!

SEVERO. ¡Otra vez!

ERNESTO. ¡Otra vez!

SEVERO. ¡Vienes de nuevo!

ERNESTO. Pues á Teodora tu insolencia ofende (Desde este momento no es dueño de sí.) y me siento con vida ¿qué remedio? ¡Volver, volver, y castigar tu audacia, y llamarte cobarde á voz en cuello!

SEVERO. ¡Á mí!

ERNESTO. Sin duda.

TEODORA. ¡No!

ERNESTO. ¡Si él lo ha querido!

¡Si la mano le vi poner colérico sobre usted, sobre usted!... (Á Teodora.)

¡De esta manera!

(Coge violentamente á D. Severo por un brazo.)

SEVERO. ¡Insolente!

ERNESTO. Es verdad; pero no suelto.  
 ¿Tuvo usted madre? Sí. ¿La amaba mucho?  
 ¿La respetaba aun más? ¡Pues así quiero  
 que respete á Teodora, y que se humille  
 de esta mujer ante el dolor inmenso!  
 ¡De esta mujer más pura y más honrada  
 que su madre de usted, mal caballero!!

SEVERO. ¡Á mí!... ¡tal dice!

ERNESTO. Sí: y aún no he concluido.

SEVERO. ¡Tu vida!...

ERNESTO. Sí: mi vida: pero luégo.  
 (Teodora quiere separarlos; pero él la aparta dul-  
 cemente con una mano sin soltar la otra.)  
 En un Dios creará usted: es necesario...  
 ¡un Hacedor!... ¡una esperanza!... bueno:  
 ¡pues como dobla sus rodillas torpes  
 ante el altar del Dios que está en los cielos  
 ante Teodora han de doblarse, y pronto!  
 ¡Abajo!... ¡Al polvo!

TEODORA. ¡Por piedad!

ERNESTO. ¡Al suelo!  
 (Le obliga á arrodillarse delante de Teodora.)

TEODORA. ¡Basta, Ernesto!

SEVERO. ¡Mil rayos!

ERNESTO. ¡Á sus plantas!

SEVERO. ¡Tú!

ERNESTO. ¡Yo!

SEVERO. ¡Por ella!

ERNESTO. ¡Sí!

TEODORA. ¡No más!... ¡silencio!  
 (Teodora aterrada señala hacia el cuarto de Don  
 Julian. Ernesto suelta su presa: Severo se le-  
 vanta y retrocede hacia la derecha. Teodora se  
 lleva hacia el fondo á Ernesto. De este modo  
 ella y él forman un grupo que se aleja.)

## ESCENA IX.

TEODORA, ERNESTO, SEVERO: despues JULIAN  
 y MERCEDES.

JULIAN. ¿Déjame!... (Desde dentro.)

MERCEDES. ¡No por Dios! (Lo mismo.)

JULIAN. ¡Son ellos... vamos!...

TEODORA. ¡Salga usted!... (Á Ernesto llevándose.)

SEVERO. (Á Ernesto.) ¡La revancha!

ERNESTO. No la niego.  
 (En este momento se presenta D. Julian, pálido,  
 descompuesto, casi moribundo, y Mercedes con-  
 teniéndolo. Al presentarse él, D. Severo está á  
 la derecha primer término, y Teodora y Ernesto  
 formando un grupo en el fondo.)

JULIAN. ¡Juntos!... ¿Á dónde van?... ¡Que los de-  
 ¡Huyan de mí!... ¡Traidores! [tengan!  
 (Quiere precipitarse sobre ellos; pero le faltan  
 las fuerzas y vacila.)

SEVERO. (Acadiendo á sostenerle.) ¡No!

JULIAN. ¡Severo,  
 me engañaban!... ¡mentían!... ¡miserables!  
 (Mientras pronuncia estas palabras, entre Mer-  
 cedes y Severo le traen á la butaca de la dere-  
 cha.)  
 ¡Allí!... ¡Mira!... ¡Los dos... ella y Ernesto!  
 ¿Por qué están juntos?...

TEODORA. (Se separan uno de otro.) ¡No!

ERNESTO. ¿Por qué no vienen?

JULIAN. ¿Teodora!...

TEODORA. (Tendiéndole los brazos, pero sin acercarse.)  
 ¡Mi Julian!...

JULIAN. ¡Sobre mi pecho!  
 (Teodora se precipita en los brazos de Julian,  
 que la estrecha fuertemente. Pausa.)  
 ¿Ya lo ves?... ¿ya lo ves?... ¡sé que me en-  
 (Á su hermano.) [gaña!...